

### Nota.

*El Sumo Pontífice Pio VII concedió á los que en público ó en privado practicaren estos piadosos ejercicios: 300 dias de Indulgencia por cada uno de los dias de la novena; y además Indulgencia plenaria á los que, habiéndolos practicado todos los nueve dias, se confesaren y comulgaren el dia de la fiesta respectiva, ó en cualquiera otro de la infraoctava, é hicieren oración al Señor y á la Santísima Virgen, según las intenciones de los Sumos Pontífices.*

### ORACION.

DEL P. ZUCCHI

### A la Santísima Virgen.

¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia! Yo me ofrezco todo á Vos, y para probaros mi devoción, os consagro en este dia mis ojos, mis oidos, mi lengua, mi corazón, todo mi sér. Y pues que asi soy todo vuestro, oh mi buena Madre, guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

*La Santidad de Pio IX, por decreto de 5 de Agosto de 1851, concedió 100 dias de indulgencia por cada vez que rece por mañana y tarde esta devota oración, precedida de*



*una Ave María. El que la rece todos los dias, ganará indulgencia plenaria una vez al mes, si, recibidos los santos Sacramentos, visita una Iglesia, y ruega por las intenciones de Su Santidad. Estas indulgencias son aplicables á las almas del Purgatorio.*

JACULATORIA PARA CUALQUIERA  
TENTACIÓN.

¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía!  
Acordaos de que soy vuestro: guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

*100 dias de indulgencia. (Pío IX, en el decreto antes citado.)*

EFICACIA PRODIGIOSA DE ESTA  
ORACIÓN.

En la vida del Padre Zucchi se refieren muchísimos casos que confirman la virtud y eficacia de esta devoción tan fácil y breve.

I. Viajando un mozo noble llegó á Roma, y oyó por dicha suya, predicar al P. Zucchi. Acabado el sermón se fué tras él, y postrándose á sus piés le declaró el mal estado de su alma. Hallábase dominado de una costumbre de pecar, y aunque deseaba mudar de vida, no tenía fuerzas para romper la pesada cadena. Dícele el Padre: *No tengas cuidado, la gracia del Señor te ayudará. Basta que te confieses siempre que vuelvas á caer en ese pecado. Si quieres, ven con migo, que yo te recibiré con los brazos abiertos.* Alentado el mozo con estas caritativas razones se volvió á confesar muchas veces con el Padre, pero sin dar muestras de convertirse, ni dejar aquel hábito; hasta que un dia le dijo el buen confesor: *Yo te quiero poner especialmente bajo la protección de María Santísima. Si tú la tomas por Señora y Madre, y la quieres honrar y servir como fiel siervo, y amar con filial ternura*



*como hijo cariñoso, yo te prometo que ella te alcanzará los auxilios que necesitas para salir de la esclavitud del demonio. En prueba de que tomas á la Virgen por Señora y Madre, no exijo de tí mas, sino que le reces todas las mañanas al levantarte, y todas las noches antes de acostarte, una Ave María y esta oración: ¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! etc., y beses tres veces el suelo. Si entre día te tienta el demonio para que vuelvas á cometer ese pecado, dí al instante: ¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Acordaos de que soy vuestro: guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.*

Quedó muy consolado aquel pobre pecador, viendo que tenía remedio su espiritual dolencia; ofreció ejecutar puntualmente cuanto el Padre le había aconsejado, y desde aquella misma noche empezó á cumplir su palabra. Mas debiendo partir de Roma, fué á despedirse del

Padre, y le volvió á prometer que no dejaría de rezar aquella oración y el *Ave María* al levantarse y al acostarse. No supo más de él el Padre, hasta que volviendo el mozo á pasar por la ciudad de Roma, fué corriendo á buscar á su Padre espiritual y se confesó con él, pero tan trocado, que el Siervo de Dios no le conocía. El Padre al referir este caso solía decir: *Me parecía estar oyendo confesar á un santo.* Admirado de tan extraña mudanza, le preguntó ¿cómo se había obrado en él tan gran prodigio? “¡Oh Padre de mi alma, le contestó el penitente; debo mi enmienda y mi salvación á aquella breve plegaria que Vd. me enseñó, y que no he dejado de rezar ni siquiera un día; lo mismo que la otra jaculatoria para el momento de la tentación. Yo invocaba á María Santísima por la mañana y por la noche: acudía á ella siempre que el demonio me acosaba, ó cuando se revelaba la



carne contra mí, y gracias á su poderoso amparo, nõ he vuelto á caer."

2. Refiriendo este suceso en un sermón el mismo Padre, se resolvió á emplear este remedio uno do los que le estaban oyendo predicar. Apartándose de su amigo, que le había arrastrado á cometer abominables crímenes, empezó á rezar todas las mañanas y todas las noches la susodicha oración, y no tardó en llegar á ser tan virtuoso como había sido criminal. A los seis meses le armó el demonio un lazo, en que le habría cogido si no hubiera sido por el auxilio de María. So pretexto de convertir á su antiguo amigo, le proponía el demonio que volviese á su casa, y reanudase su amistad. Seducido el jóven inexperto con la apariencia de bien que en aquello veía, sube las escaleras, acércase á la puerta, coge el pestillo, pero en aquel instante una voz interior le dice: *No entres*. Y acordándose de la jaculatoria, y de lo

que oyó al Padre Zucchi, exclama: *¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia! Acordaos de que soy vuestro: guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra*. Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando siente que le cojen por la mano, le sacan de aquel peligro, y le conducen á su propia casa, sin ver ni saber quién le había hecho este beneficio.

3. Fué á predicar en un pueblo el Padre Zucchi, donde vivía cierta señora, la cual tenía un hijo tierno en los años, pero encallecido en los vicios. Fuese llorando al Padre, y le dijo la pena que oprimía su maternal corazón. *Envieme Vd. á su hijo*, le respondió el Siervo de Dios. Ella fué corriendo, y se lo dijo al muchacho. Satisfecho este de que quisiera verle un hombre tan célebre, se presentó al instante, y quedó preso en las redes amorosas de aquel caritativo cazador de las almas, prometiéndole rezar todos los



días la oración á la Virgen, y la jacularia en las tentaciones. Pasado algún tiempo, volviendo el Padre al mismo pueblo, aquella buena señora se le echó á los piés llorando de alegría y le dijo: "Dios se lo pague á Vd., Padre mio; yo no sé como mostrarle mi reconocimiento. Mi hijo era un demonio, y Vd., con su oracioncita á la Virgen, le ha trocado en un santo y en un ángel del cielo."

4. Un oficial de alma noble y generosa, pero de corazón corrompido, oyó casualmente un dia al Padre Zucchi aconsejar la práctica de una devoción tan breve y tan fácil. Y dijo entre sí. "Esta oración me gustó; no parece sino que la han hecho para militares. Es cortita; toda sustancia y fervor." Movidó de estas razones empezó á rezarla, y dentro de poco tiempo, con asombro suyo, se vió libre de aquella infame pasión.

Por Octubre de 1846 un sábio y

virtuoso sacerdote escribió á un ilustre Prelado del Piamonte lo siguiente: "Excelentísimo é Ilustrísimo Señor: Cinco años ha que aconsejo á todos los que acuden á mí, que recen á la Virgen una oración que encontré en las obras del célebre historiador el Padre Bártoli. No hay palabras para referir las gracias que se han conseguido por medio de tan breve y sencilla devoción, y lo bien que paga Nuestra Señora á los que constantes le tributan este pequeñísimo homenaje de filial devoción. Haga V. E. que se imprima en gran número, y se dé á los jóvenes de ambos sexos que el Señor ha confiado á su cuidado y solicitud pastoral, y V. E. verá bien presto los buenos efectos que produce. No temo quedar por embustero."

Con el tiempo se reimprimió también en Francia, y repartiéndola, es increíble el bien que produjo, y cuántos jóvenes trajo á verdadero



arrepentimiento, y á que recobrasen por intercesión de la Virgen la joya inestimable de la castidad, que hacía mucho tiempo habían perdido. Los Padres de la Compañía de Jesús, y todos los que se dedican á la educación de la juventud, pueden atestiguar de qué manera se complace todavía Nuestra Señora en bendecir esta plegaria.

Los siguientes casos, sucedidos en Francia, demuestran que la oración y jaculatoria susodichas, no han perdido un punto de su prodigiosa eficacia. Oigámoslos de boca del mismo que los presenci6:

1. Un niño de quince años que todavía conservaba la inocencia bautismal, fué puesto por sus padres en cierto colegio á donde yo iba con frecuencia. Mantúvose en tan feliz estado en aquella casa, hasta que por desgracia se juntó con uno de sus compañeros, verdadero ministro del demonio, y uno de aquellos amigos cuya pérfida a-

mistad es más perjudicial que el odio del infierno. Los funestos efectos se notaron muy luego, de modo que apenas le conocían sus maestros y discípulos. Perdida su acostumbrada alegría, se apoderó de su alma un humor melancólico. Disgustado del estudio, olvidado de sus ejercicios de piedad, y hasta de la Confesión y Comunión, que eran ántes todas sus delicias, buscaba alivio en las disipaciones y pasatiempos mas peligrosos. Algunas veces, no hallando consuelo, y acosado de crueles remordimientos, deseó romper aquella infame cadena, quiso hacer algun esfuerzo, pero su indigno compañero se lo disuadió, y aquel corazón tan noble tuvo que soportar por espacio de más de dos años el yugo pesadísimo de una pasión degradante. Por último, hicieron ejercicios espirituales todos los alumnos, y en aquellos dias la gracia del Señor le dió luz y fuerza para salir de tan infeliz cautiverio. Mu-



chas fueron las tentaciones del enemigo, y de su misma naturaleza mal inclinada y acostumbrada al vicio; pero no fué vencido ni durante los ejercicios ni en todo el mes siguiente. ¡Pero todavía le guardaban nuevas derrotas! Confiado en sus propias fuerzas, pensó que ya no volvería á perder el tesoro que había recuperado. Fué dejando poco á poco la frecuencia de Sacramentos que entabló después de los ejercicios; no acudía como en los días pasados al Señor en las tentaciones; y bien revelaba su rostro el infeliz estado de su alma. Un día que le hallé solo en un sitio retirado, discurriendo sobre los medios de escaparse del colegio, para entregarse á una vida licenciosa, conociendo su mal intento, procuré sosegarle, aconsejándole que todos los días al levantarse y al acostarse rezase de rodillas la oración: *¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia!* añadiendo una *Ave María*, y besando

el suelo. Al oír que había remedio, y tan fácil, renació en aquel corazón abatido la esperanza. Fué á confesarse luego, y empezó desde aquella noche á practicar la devoción del Padre Zucchi, repitiendo la jaculatoria cuantas veces sentía alguna tentación. Sin embargo, como se descuidase dos ó tres veces en acudir á María, con harto sentimiento y daño suyo aprendió que solamente de su amparo podía esperar fuerza para resistir y vencer á tan porfiado enemigo. Pero permaneciendo fiel y constante en invocarla, logró completa victoria y ya enteramente libre de aquella cadena, entró y persevera en cierta Congregación consagrada á la educación de la juventud. *¡Qué feliz era yo en otro tiempo!* me decía una vez. *¡Y qué tesoro tan grande perdí!* *Ahora que lo conozco, me quiero dedicar á preservar á otros de la desgracia en que yo caí, esperando*



*que el Señor me conceda otra vez aquella joya que antes poseía.*

2. Había en un colegio, dice el mismo que presenció el caso, cierto alumno de unos diez y seis años de edad, cuya modestia y jovialidad, unidas á una observancia exactísima, le recomendaban como modelo á todos sus compañeros. Sobre todo, brillaba por su virginal candor; bastaba mirarle á la cara para convencerse de que la culpa mortal no afeaba la pureza de su hermosa alma. Habiendo oido el jóven predicar contra el escándalo, y declarar la responsabilidad que pesa sobre el que pervierte á otro, vino á mí deshaciéndose en lágrimas, ponderando cuánto le había asustado aquella plática; y después que procuré sosegarle, me refirió toda su vida en estos términos:—Padre mío, yo, hasta la edad de once años, fui muy modesto y recatado, mientras no me había apartado del lado de mi madre, mas poco antes de venir

aquí, estando en el campo, otro de mas edad me hizo cometer un pecado, y desde aquel punto se acabó para mí toda felicidad, alegría y sosiego. Pero mi mayor desgracia fué que yo empecé á pervertir á otros de mi edad. Cuando entré en el colegio, tenía ya la costumbre de cometer graves pecados, y estaba persuadido de que no era posible enmendarme, y me avergonzaba de mí mismo. Reparaba que había entre los compañeros algunos que se distinguían por su modestia, que eran los Congregantes, y yo deseaba ser como ellos. No sabiendo ellos que yo fuese tan malo, me instaban para que entrase en la Congregación. Por aquel tiempo leí una oración que empieza así: *¡Oh Señora, mia! ¡Oh Madre mia!* con la narración de algunas conversiones que por rezarla habían tenido lugar. Animado y lleno de esperanzas, empecé á practicar aquella devoción diariamente, me confesé, y creció